

PIERRE BOURDIEU.

“COMPRENDER”.

En: *La miseria del mundo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1999, pp. 527-543 (primera edición en francés: 1993).

No querría hacer aquí demasiados sacrificios a reflexiones teóricas o metodológicas sólo destinadas a los investigadores. “No hacemos más que glosarnos unos a otros”, decía Montaigne. Y aunque no se tratara sino de eso, pero de un modo completamente distinto, querría evitar las disertaciones escolásticas sobre la hermenéutica o la “situación de comunicación ideal”: creo, en efecto, que no hay manera más real y realista de explorar la relación de comunicación en su generalidad que consagrarse a los problemas inseparablemente prácticos y teóricos que pone de relieve el caso particular de la interacción entre el investigador y aquel o aquella a quien interroga.

No creo, sin embargo, que sea posible remitirse a los innumerables escritos calificados de metodológicos sobre las técnicas de investigación. Por útiles que sean cuando aclaran tal o cual efecto que el investigador puede provocar *sin saberlo*, casi siempre omiten lo esencial, sin duda porque siguen dominados por la fidelidad a viejos principios metodológicos que, como el ideal de la estandarización de los procedimientos, se originan en la voluntad de remedar los signos exteriores del rigor de las disciplinas científicas más reconocidas; en todo caso, no me parece que den cuenta de lo que siempre hicieron, y siempre supieron, los investigadores más respetuosos de su objeto y los más atentos a las sutilezas casi infinitas de las estrategias que despliegan los agentes sociales en la conducción corriente de su existencia.

Así, varias décadas de ejercicio de la encuesta en todas sus formas, desde la etnología hasta la sociología, desde el cuestionario llamado cerrado hasta la entrevista más abierta, me convencieron de que esta práctica no halla su expresión adecuada en las prescripciones de una metodología a menudo más científicista que científica ni en las prevenciones anticientíficas de los místicos de la fusión afectiva. Por eso me parece indispensable tratar de explicitar las intenciones y los principios de los procedimientos que pusimos en práctica en la investigación cuyos resultados presentamos aquí. Con ello, el lector podrá reproducir en la lectura de los textos el trabajo de construcción y comprensión cuyo producto son.¹

¹ Durante las diferentes reuniones de trabajo, expuse los objetivos de la investigación y los principios (provisionales) de la entrevista, que había extraído de algunas experiencias que tiempo atrás había realizado yo mismo o algunos colaboradores cercanos (en especial, Rosine Christin, Yvette Delsaut, Michel Pialoux y Abdelmalek Sayad). En cada ocasión se examinaron atentamente la elección de los temas y la forma de la entrevista en función de las características sociales del potencial entrevistado. En muchos casos, la escucha o la lectura de la primera entrevista plantearon nuevas cuestiones (de hecho o de interpretación) que exigían un segundo encuentro. A

Si bien la relación de encuesta se distingue de la mayoría de los intercambios de la existencia corriente en el hecho de que se atribuye fines de puro conocimiento, sigue siendo, no importa qué se haga con ella, una *relación social* que genera efectos (variables según los diferentes parámetros que pueden afectarla) sobre los resultados obtenidos.² No hay duda de que el interrogatorio científico por definición excluye la intención de ejercer cualquier forma de violencia simbólica capaz de afectar las respuestas; lo cierto es que, en esa materia, no es posible confiar exclusivamente en la buena voluntad, porque en la naturaleza misma de la relación de encuesta están inscriptas todo tipo de distorsiones. Distorsiones que se trata de conocer y dominar, y ello en la concreción misma de una práctica que puede ser reflexiva y metódica, sin ser la aplicación de un método o la puesta en acción de una reflexión teórica.

Sólo la reflexividad, que es sinónimo de método —pero una *reflexividad refleja*, fundada sobre un “oficio”, un “ojo” sociológico—, permite percibir y controlar *sobre la marcha*, en la realización misma de la entrevista, los efectos de la estructura social en la que ésta se efectúa. ¿Cómo pretender hacer la ciencia de los presupuestos sin un afán por darse una ciencia de los que uno maneja? Hay que esforzarse, en especial, por hacer un uso reflexivo de las conquistas de la ciencia social para controlar los efectos de la encuesta misma y embarcarse en el interrogatorio dominando sus efectos inevitables.

El sueño positivista de una perfecta inocencia epistemológica enmascara, en efecto, el hecho de que la diferencia no es entre la ciencia que efectúa una construcción y la que no lo hace, sino entre la que lo hace sin saberlo y la que, sabiéndolo, se esfuerza por conocer y dominar lo más completamente posible sus actos, inevitables, de construcción y los efectos que, de manera igualmente inevitable, éstos producen.

UNA COMUNICACIÓN “NO VIOLENTA”

Tratar de saber qué es lo que se hace cuando se establece una relación de entrevista es, en primer lugar, intentar conocer los efectos que pueden producirse sin saberlo a raíz de esa especie de intrusión siempre un poco arbitraria que está

continuación, los problemas, las dificultades y las enseñanzas halladas por unos y otros durante la realización de las entrevistas se sometieron regularmente a discusión en el marco de mi seminario del Collège de France del año lectivo 1991-1992. El método se precisó poco a poco en la confrontación continua de las experiencias y reflexiones de los participantes, mediante la explicitación y la codificación progresiva de los rumbos efectivamente tomados.

² La oposición tradicional entre los métodos llamados cuantitativos, como la encuesta por cuestionario, y los llamados cualitativos, como la entrevista, enmascara lo que tienen en común: el hecho de basarse en interacciones sociales que se cumplen bajo la coacción de estructuras sociales. Los defensores de ambas categorías metodológicas ignoran esas estructuras, cosa que también hacen, por otra parte, los etnometodólogos, propensos, a causa de su visión subjetivista del mundo social, a desconocer el efecto que las estructuras objetivas ejercen no sólo en las interacciones (entre los médicos y las enfermeras, por ejemplo) que registran y analizan, sino también en su propia interacción con las personas sometidas a la observación o el interrogatorio.

en el origen del intercambio (en particular, por la manera de presentarse y presentar la encuesta, los estímulos brindados o negados, etcétera); es tratar de poner de relieve la representación que el encuestado se hace de la situación, de la encuesta en general, de la relación particular en la que se establece y de los fines que persigue, y explicitar las razones que lo llevan a aceptar participar en el intercambio. En efecto, con la condición de medir la magnitud y la naturaleza del desfase entre el objeto de la encuesta tal como lo percibe e interpreta el encuestado, y el objeto que el encuestador le asigna, este último puede tratar de reducir las distorsiones resultantes o, al menos, comprender qué puede y qué no puede decirse, las censuras que impiden expresar ciertas cosas y las incitaciones que alientan a hacer hincapié en otras.

Es el encuestador quien inicia el juego y establece sus reglas; es él quien, las más de las veces, asigna a la entrevista, de manera unilateral y sin negociación previa, objetivos y usos en ocasiones mal determinados, al menos para el encuestado. Esta asimetría se ve reforzada por una asimetría social, si el encuestador ocupa una posición superior al encuestado en las jerarquías de las diferentes especies de capital, en especial del cultural. El *mercado de bienes lingüísticos y simbólicos* que se instituye en oportunidad de la entrevista varía en su estructura según la relación objetiva entre el encuestador y el encuestado o —lo que viene a ser lo mismo— entre los capitales de todo tipo, y en particular lingüísticos, de que están provistos.

Tras tomar nota de esas dos propiedades inherentes a la relación de entrevista, nos esforzamos por poner en práctica todas las medidas posibles para dominar sus efectos (sin pretender anularlos); es decir —más precisamente—, para *reducir al mínimo la violencia simbólica que puede ejercerse a través de ella*. Intentamos, por lo tanto, establecer una relación de *escucha activa y metódica*, tan alejada del mero *laisser-faire* de la entrevista no directiva como del dirigismo del cuestionario. Postura en apariencia contradictoria a la cual no es fácil atenerse en la práctica, puesto que, en efecto, asocia la disponibilidad total con respecto a la persona interrogada, el sometimiento a la singularidad de su historia particular —que puede conducir, por una especie de mimetismo más o menos controlado, a adoptar su lenguaje y abrazar sus puntos de vista, sentimientos y pensamientos— con la construcción metódica, fortalecida con el conocimiento de las condiciones objetivas, comunes a toda una categoría.

Para que fuera factible una relación de encuesta lo más próxima posible a este límite ideal, debían cumplirse varias condiciones: no bastaba con actuar, como lo hace espontáneamente todo “buen” encuestador, sobre lo que puede controlarse consciente o inconscientemente en la *interacción*, en particular el nivel del lenguaje utilizado y los signos verbales o no verbales aptos para alentar la colaboración de las personas interrogadas —que sólo pueden dar una respuesta digna de ese nombre al interrogatorio si son capaces de adueñarse de él y convertirse en sus sujetos—, sino que también había que actuar, en ciertos casos, sobre la *estructura* misma de la relación (y, con ello, sobre la estructura del

mercado lingüístico y simbólico) y, por lo tanto, sobre la *elección* misma de las personas interrogadas y los interrogadores.

LA IMPOSICIÓN

Uno se asombra a veces de que los encuestados puedan poner tanta buena voluntad y complacencia para responder a preguntas tan descabelladas, arbitrarias o fuera de lugar como las que a menudo se les “propinan”, especialmente en los sondeos de opinión. Dicho esto, basta con haber realizado una sola vez una entrevista para saber hasta qué punto es difícil mantener la atención en lo que se está diciendo (y no sólo en las palabras) y prever las preguntas capaces de inscribirse “naturalmente” en la continuidad de la conversación, al mismo tiempo que se sigue una especie de “línea” teórica. Lo cual equivale a decir que nadie está exento del efecto de imposición que pueden ejercer las preguntas ingenuamente egocéntricas o simplemente distraídas y, sobre todo, del efecto de contragolpe que las respuestas así arrancadas amenazan con generaren el analista, siempre expuesto a tomar con seriedad, en su interpretación, un artificio que él mismo produjo sin saberlo. Es lo que ocurrió, por ejemplo, cuando un encuestador, por lo demás tan solícito como atento, preguntó a boca de jarro a un obrero metalúrgico, que acababa de comentarle la suerte que había tenido por trabajar toda la vida en el mismo taller, si él, “personalmente”, estaba “dispuesto a irse de Longwy”, a lo que obtuvo, una vez pasado el primer momento de franca estupefacción, una respuesta de cortesía del tipo de las que el encuestador y el codificador apremiados de los institutos de sondeo registran como un consentimiento: “¿Ahora [*tono de asombro*]? ¿Por qué hacer eso? Irse... No le veo la utilidad... No, no creo que vaya a irme de Longwy... Ni siquiera se me pasó por la cabeza. En la medida en que mi mujer todavía trabaja. A lo mejor, eso es un freno... Pero irme de Longwy... no sé, a lo mejor, ¿por qué no?, algún día... Nunca se sabe... Pero todavía no se me ocurre hacerlo. No se me ocurrió, con más razón porque sigo... No sé, por qué no [*risas*], no sé, nunca se sabe...”.

Por lo tanto, se decidió dejar a los encuestadores la libertad de elegir a los encuestados entre *sus conocidos*, o entre personas a las cuales podían ser presentados por éstos. En efecto, la proximidad social y la familiaridad aseguran dos de las condiciones principales de una comunicación “no violenta”. Por una parte, cuando el interrogador está socialmente muy próximo a quien interroga, le da, gracias a su intercambiabilidad, garantías contra la amenaza de que sus razones subjetivas se reduzcan a causas objetivas y sus elecciones se vivan como libres al arbitrio de los determinismos objetivos puestos de relieve por el análisis. Por otra parte, se constata que en ese caso también queda asegurado un acuerdo inmediato —que constantemente se confirma— respecto de los presupuestos concernientes a los contenidos y las formas de la comunicación: acuerdo que se afirma en la emisión ajustada, siempre difícil de obtener de manera consciente e intencional, de todos los signos no verbales, coordinados con los signos verbales, que indican cómo debe interpretarse tal o cual enunciado, o bien cómo lo interpretó el interlocutor.³

³ Los signos de *feed-back* que E. A. Schegloff llama *respuestas distintivas [tokens]*, los “Sí”, “Ah, bueno”, “Desde luego”, “¡Oh!” y también los cabeceos aprobadores, las miradas, las sonrisas y los *information receipts*, signos corporales o verbales de atención, interés, aprobación, aliento, reconocimiento, son la condición de la adecuada continuación del intercambio (a tal punto que un momento de desatención, de distracción de la mirada, a menudo bastan para suscitar en el

Pero el universo de las categorías sociales que pueden alcanzarse en las condiciones óptimas de familiaridad tiene sus límites (aun cuando las homologías de posición también puedan fundar afinidades reales entre el sociólogo y ciertas categorías de encuestados, por ejemplo, magistrados o educadores sociales). Para intentar extenderlo lo más ampliamente posible, también habríamos podido recurrir, como lo hicimos en distintas investigaciones anteriores, a estrategias como la consistente en *representar roles*, componer la identidad de un encuestado que ocupa una posición social determinada para hacer falsos trámites de compra o pedido de informaciones (en especial, por teléfono). Aquí decidimos diversificar a los encuestadores haciendo un empleo metódico de la estrategia a la que recurrió William Labov en su estudio del habla negra de Harlem: para neutralizar el efecto de imposición de la lengua legítima, pidió a jóvenes negros que realizaran la encuesta lingüística; del mismo modo, todas las veces que fue posible nosotros intentamos neutralizar uno de los principales factores de distorsión de la relación de encuesta capacitando en las técnicas de ésta a personas que podían tener acceso con familiaridad a categorías de encuestados que deseábamos cubrir.

Cuando un joven físico interroga a otro joven físico (o un actor a otro actor, un desocupado a otro desocupado, etcétera) con el que comparte la casi totalidad de las características capaces de funcionar como grandes factores explicativos de sus prácticas y representaciones y al cual está unido por una relación de profunda familiaridad, sus preguntas se originan en sus disposiciones, objetivamente armonizadas con las del encuestado; no hay razón alguna para que, las más brutalmente objetivantes de esas preguntas se manifiesten como amenazantes o agresivas, porque su interlocutor sabe perfectamente que comparte con él lo esencial de lo que lo llevan a transmitir y, al mismo tiempo, los riesgos a los que se expone al transmitirlo. Y el interrogador tampoco puede olvidar que al objetivar al interrogado se objetiva a sí mismo, como lo testimonian las correcciones que introduce en tales o cuales de sus preguntas, pasando del *tú* objetivante al *se o uno [on]* que remite a un colectivo impersonal, y luego al *nosotros*, en el que afirma claramente que la objetivación también lo incluye: “Es decir que todos los estudios que *tú* has hecho, que *uno* hace, *nos* inclinan más bien a que *nos* guste la teoría”. Y la proximidad social con la persona interrogada es, sin duda, lo que explica la impresión de desasosiego que dijeron que habían experimentado casi todos los interrogadores que estaban situados en una relación semejante, a veces a lo largo de toda la entrevista, y otras, a partir de un momento preciso del análisis: en todos estos casos, en efecto, el interrogatorio tiende naturalmente a convertirse en un socioanálisis de a dos, en el cual el analista está atrapado y puesto a prueba en la misma medida que la persona a la que interroga.

Pero la analogía con la estrategia empleada por Labov no es perfecta: no se trata únicamente de recoger un “discurso natural” lo menos afectado posible por

encuestado una especie de molestia que le hace perder el hilo de su discurso); *colocados en el momento oportuno*, atestiguan la participación intelectual y afectiva del encuestador.

el efecto de la asimetría cultural; también hay que construirlo científicamente, de manera tal que transmita los elementos necesarios para su propia explicación. Como resultado de ello, las exigencias impuestas a los encuestadores ocasionales aumentan considerablemente, y aunque con cada uno de ellos se hayan realizado entrevistas previas, destinadas a recoger toda la información de que disponían sobre el encuestado y a definir las grandes líneas de una estrategia de interrogatorio, hubo que excluir de la publicación una buena cantidad de las encuestas efectuadas en esas condiciones: transmitían poco más que datos sociolingüísticos incapaces de proporcionar los instrumentos de su propia interpretación.⁴

A los casos en que el sociólogo, en cierta forma, logra darse un sustituto, se añaden las relaciones de encuesta en las que puede superar parcialmente la distancia social gracias a las relaciones de familiaridad que lo unen al encuestado y a la franqueza social, favorable al hablar claro, que asegura la existencia de diversos lazos de solidaridad secundaria capaces de dar garantías indiscutibles de comprensión bien predispuesta: las relaciones de familia o las amistades de infancia o, según ciertas encuestadoras, la complicidad entre mujeres, permitieron en más de un caso superar los obstáculos vinculados a las diferencias entre las condiciones y, en particular, el temor al desprecio de clase que, cuando se percibe al sociólogo como socialmente superior, a menudo refuerza el miedo — muy general, si no universal— a la objetivación.

UN EJERCICIO ESPIRITUAL

Pero los mecanismos y subterfugios que pudimos imaginar para reducir la distancia tienen sus límites. Aunque la transcripción permita advertir el ritmo, el *tempo* de la oralidad, basta con leer algunas entrevistas para ver todo lo que separa los discursos arrancados fragmento por fragmento de los encuestados más alejados de la situación de encuesta con respecto a los de quienes están algo así como adaptados de antemano (a veces, demasiado bien) a lo solicitado, al menos tal como ellos lo conciben. Éstos dominan tan perfectamente la situación que en algunas oportunidades logran imponer al encuestador su definición del juego.

Cuando no hay nada que neutralice o suspenda los efectos sociales de la asimetría ligada a la distancia social, lo único que cabe esperar son palabras

⁴ Una de las grandes razones de esos fracasos reside sin duda en el perfecto acuerdo entre el interrogador y el interrogado, que permite la actuación con toda libertad de la tendencia de los encuestados a decirlo todo (como la mayoría de los testimonios y documentos históricos), salvo lo que es evidente, lo que no hace falta decir (por ejemplo, una actriz, en caso de dirigirse a un actor, puede omitir toda una serie de presupuestos referidos a las jerarquías entre los géneros y los directores, y también las oposiciones constitutivas del campo teatral en determinado momento). Así, pues, todo interrogatorio se sitúa entre dos límites que sin duda jamás se alcanzan: la coincidencia total entre el encuestador y el encuestado, en la que nada podría decirse porque, al no cuestionarse nada, no haría falta decirlo, y la divergencia total, en que la comprensión y la confianza resultarían imposibles.

marcadas lo menos posible por los efectos de la situación de encuesta, al precio de un incesante trabajo de construcción. Paradójicamente, ese trabajo está destinado a ser tanto más invisible cuanto más éxito tenga y lleve a un intercambio provisto de todas las apariencias de lo “natural” (entendido como lo que sucede habitualmente en los intercambios corrientes de la existencia cotidiana).

El sociólogo puede conseguir que el encuestado que se halla socialmente más alejado de él se sienta legitimado a ser lo que es si sabe manifestarle, por el tono y sobre todo por el contenido de sus preguntas, que, sin fingir anular la distancia social que los separa (a diferencia de la visión populista, que tiene como punto ciego su propio punto de vista), es capaz de *ponerse mentalmente en su lugar*.

Intentar situarse mentalmente en el lugar que el encuestado ocupa en el espacio social para *necesitarlo* interrogándolo a partir de ese punto, y *ponerse*, en cierta forma, de su *lado* (en el sentido en que Francis Ponge hablaba de “ponerse del lado de las cosas”), no es efectuar la “proyección de sí mismo en el otro” de la que hablan los fenomenólogos. Es darse una *comprensión genérica y genética* de lo que él es, fundada en el dominio (teórico o práctico) de las condiciones sociales que lo producen: dominio de las condiciones de existencia y de los mecanismos sociales cuyos efectos se ejercen sobre el conjunto de la categoría de la que forma parte (la de los liceístas, los obreros calificados, los magistrados, etcétera) y dominio de los condicionamientos inseparablemente psíquicos y sociales vinculados a su posición y su trayectoria particulares en el espacio social. Contra la antigua distinción de Dilthey, hay que plantear que *comprender y explicar son una sola cosa*.

Esta comprensión no se reduce a un estado de ánimo benevolente. Se ejerce en la manera a la vez comprensible, tranquilizadora e incitante de presentar la entrevista y dirigirla, de hacer que el interrogatorio y la situación misma tengan un sentido para el entrevistado, y también —y sobre todo— en la problemática propuesta: ésta, como las probables respuestas que suscita, se deduce de una representación verificada de las condiciones en que se sitúa el encuestado y de las que lo producen. Vale decir que el encuestador sólo tiene alguna posibilidad de estar verdaderamente a la altura de su objeto si posee a su respecto un inmenso saber, adquirido, a veces, a lo largo de toda una vida de investigación y también, más directamente, durante las entrevistas anteriores con el encuestado mismo o con informantes. La mayoría de las entrevistas publicadas representan un momento, sin duda privilegiado, en una larga sucesión de intercambios, y no tienen nada en común con los encuentros puntuales, arbitrarios y ocasionales, de las encuestas realizadas a los apurones por encuestadores desprovistos de toda competencia específica.

Aun cuando no se manifieste sino de manera completamente negativa, en especial inspirando las precauciones y deferencias que deciden al encuestado a confiar y entrar en el juego o excluyendo las preguntas forzadas o fuera de lugar,

esta información previa es lo que permite improvisar constantemente las preguntas pertinentes, verdaderas *hipótesis* que se apoyan sobre una representación intuitiva y provisional de la fórmula generadora propia del encuestado, para incitarla a develarse más completamente.⁵

Aunque pueda procurar el equivalente teórico del conocimiento práctico asociado a la proximidad y la familiaridad, el conocimiento previo más profundo seguirá siendo incapaz de llevar a una verdadera comprensión si no va a la par con una atención al otro y una apertura oblativa que contadas veces se encuentran en la existencia corriente. En efecto, todo nos inclina a otorgar a las palabras más o menos ritualizadas sobre las miserias más o menos comunes una atención casi tan vacía y formal como el ritual “¿cómo le va?” que las desencadena. Todos hemos oído esos relatos de conflictos de sucesión o vecindad, de dificultades escolares o rivalidades de oficina que captamos a través de categorías de la percepción que, al reducir lo personal a lo impersonal, el drama singular al hecho misceláneo, permiten una especie de economía de pensamiento, interés, afecto; en suma, de comprensión. Y en el momento mismo en que se movilizan todos los recursos de la vigilancia profesional y la simpatía personal, nos cuesta arrancarnos del adormecimiento de la atención que favorece la ilusión de lo ya visto y ya escuchado, para entrar en la singularidad de la historia de una vida e intentar comprender, a la vez en su unicidad y su generalidad, los dramas de una existencia. La semicomprensión inmediata de la mirada distraída y trivializante desalienta el esfuerzo que hay que realizar para desgarrar la pantalla de las palabras comunes en las que cada uno de nosotros vive y expresa tanto sus pequeñas miserias como sus mayores desdichas. Es que el “uno” [“*on*”], filosóficamente estigmatizado y literariamente poco considerado, que todos sentimos la tentación de usar, con sus medios desesperadamente “inauténticos”, sin duda es lo más difícil de escuchar para los “yo” [“*je*”] que, por la más común de las reivindicaciones de singularidad, creemos ser.

Así, a riesgo de ser chocante tanto para los metodólogos rigurosos como para los hermeneutas inspirados, yo diría de buen grado que la entrevista puede considerarse como una forma de *ejercicio espiritual* que apunta a obtener, mediante *el olvido de sí mismo*, una verdadera *conversión de la mirada* que

⁵ En este aspecto, como en todos los demás, es indudable que nos haríamos comprender mejor si pudiéramos dar ejemplos de los errores más típicos, que casi siempre tienen su origen en la inconsciencia y la ignorancia. Es inevitable que algunas de las virtudes de un interrogatorio atento a sus propios efectos pasen inadvertidas, porque se manifiestan sobre todo en ausencias. De ahí el interés de los interrogatorios burocráticos que se analizarán más adelante (p. 545): verdaderos exámenes de arte de vivir en los que el encuestador, encerrado en sus presupuestos institucionales y sus certezas éticas, mide la capacidad de los encuestados para adoptarla conducta “conveniente”, ponen de relieve, en contraste, todas las preguntas que el respeto fundado en el conocimiento previo lleva a excluir porque son incompatibles con una representación adecuada de la situación de la persona interrogada o de la filosofía de la acción que compromete en su práctica.

dirigimos a los otros en las circunstancias corrientes de la vida.⁶ El talante acogedor, que inclina a hacer propios los problemas del encuestado, la aptitud para tomarlo y comprenderlo tal como es, en su necesidad singular, es una especie de *amor intelectual*: una mirada que consiente en la necesidad, a la manera del “amor intelectual a Dios”, es decir, al orden natural, que Spinoza consideraba la forma suprema de conocimiento.

LA RESISTENCIA A LA OBJETIVACIÓN

No habría que creer que, gracias a la sola virtud de la reflexividad, el sociólogo pueda alguna vez controlar por completo los efectos —siempre extremadamente complejos y múltiples— de la relación de encuesta, porque los encuestados también pueden jugar con ella, consciente o inconscientemente, para intentar imponer su definición de la situación y volcar en su provecho un intercambio entre cuyas apuestas se cuenta la imagen que tienen de sí, y que quieren dar y darse así mismos. Esto tiene lugar en una situación en la que, al evocar —como los incita el objeto de la encuesta— “lo que no camina” en sus vidas, se exponen a todas las presunciones negativas que recaen sobre los males y la desdicha mientras no saben deslizarse en las formas legítimas de expresión de las miserias genuinas: las que proporcionan la política, el derecho, la psicología y la literatura. Así, por ejemplo, en muchas entrevistas (particularmente con miembros del frente Nacional) la relación social entre el encuestado y el encuestador produce un efecto de censura muy poderoso, redoblado por la presencia del grabador: sin duda es eso lo que hace inconfesables ciertas opiniones (salvo en contados instantes o por lapsus). Algunas entrevistas exhiben numerosas huellas del trabajo que hace el encuestado para dominar las coacciones inscriptas en la situación, mostrando que es capaz de tomar en sus manos su propia objetivación y adoptar sobre sí mismo el punto de vista reflexivo cuyo proyecto está inscripto en la intención misma de la encuesta.

Una de las maneras más sutiles de resistir a la objetivación es, así, la de los encuestados que, al jugar con su proximidad social con el encuestador, intentan, más inconsciente que conscientemente, protegerse de él prestándose supuestamente al juego e intentando imponer, no siempre a sabiendas, una apariencia de autoanálisis. Pese a lo que pueda parecer, nada está más alejado de la objetivación participante —en la que el encuestador asiste al encuestado en un esfuerzo, doloroso y gratificante a la vez, por destacar los determinantes sociales de sus opiniones y prácticas en lo que pueden tener de más difícil de confesar y asumir— que la falsa objetivación complaciente, desmistificación a medias y por ello doblemente mistificadora, que procura todos los placeres de la lucidez sin poner en cuestión nada esencial.

Mencionaré un solo ejemplo: “Hay una especie de malestar que hace que no sepa adónde meterme [...], socialmente ya no sé muy bien dónde estoy... A lo mejor es a nivel del reconocimiento del otro [...]. Me doy cuenta de que en función de la posición social que ocupas, el otro te dirige una mirada completamente diferente, y la verdad es que es bastante perturbador. No me resultaba fácil tener varios status sociales, a veces no conseguía sentirme bien en ellos, sobre todo a través de la mirada de los otros”, etcétera, etcétera.

Puede suceder que palabras semejantes, que sobre una confesión aparente aplican la apariencia de una explicación, provoquen que el encuestador se reconozca en ellas porque están construidas de acuerdo con instrumentos de pensamiento y formas de expresión

⁶ Podríamos citar aquí a Epicteto o Marco Aurelio cuando evocan el talante que lleva a acoger con benevolencia todo lo que depende de la causa universal, *asentimiento* (*prósthesis*) gozoso con respecto al mundo natural.

cercanos a los suyos, una especie de narcisismo intelectual que puede combinarse con el deslumbramiento populista o disimularse en él.

Así, cuando la hija de un inmigrante evoca, con mucha desenvoltura, las dificultades de su vida desgarrada ante un encuestador que puede encontrar en algunas de sus palabras ciertos aspectos de su experiencia de la situación de inestabilidad, ella, paradójicamente, logra hacer olvidar el principio de la muy estilizada visión que propone de su existencia, es decir, los estudios de letras que realiza y que le permiten ofrecer a su interlocutor una doble gratificación: la de un discurso lo más próximo posible a la idea que él se hace de una categoría desaventajada y la de una realización formal que suprime todo obstáculo ligado a la diferencia social y cultural. Habría que citar aquí todo; tanto las preguntas como las respuestas:

ENCUESTADOR: *La toma de conciencia se produjo cuando llegaste a Francia. ¿Pero toma de conciencia de qué, exactamente?*

ENCUESTADA: Toma de conciencia de lo real, en el sentido de que para mí es ahí donde las cosas van a empezar a delinearse. Vivo realmente la separación de mis padres. Tiene sentido para mí, en realidad, a partir del momento en que paso del periodo en que viví con ellos allá, en fin, con mi madre y su familia [*en Marruecos, donde la madre se quedó después de la separación*], a aquí, cuando descubro finalmente a mi padre. Esta primera vez que vivimos verdaderamente juntos. Incluso cuando estaba casado con mi madre su vida social la tenía aquí [*en Francia*], así que se veían poco y lo veíamos poco. Tuve la impresión de que era alguien al que descubriría verdaderamente por primera vez [...]. Entraba en mi vida a partir del momento en que íbamos a vivir juntos. Así que, con la toma de conciencia por ese lado, la separación cobra sentido. Una se da cuenta de que nunca vivió con el padre que tiene. [...] Y además, también toma de conciencia de otro paisaje. Ya no es el mismo espacio-tiempo [...]. Sabes que pasas de tu madre a tu padre. Eso también te excita un poco, en cierta manera, pero la realidad, de hecho, viene poco a poco a colorear y dar origen a lo que pasó. Entonces ya no es el mismo paisaje, la misma gente; ya no es el mismo espacio-tiempo. En mi caso, entro en un periodo bastante vago a partir del momento en que, si quieres, en lo sucesivo habrá que tender un puente entre dos mundos que, para mí, están radicalmente separados. Me quedé un poco en eso, en esa separación, que supera por lejos la separación padre-madre. [*Un poco más adelante.*] De hecho, tengo la impresión de estar anclada en algo. Y que lo que se plantea ahora es si voy a seguir ahí o voy a tratar de salir totalmente. Con franqueza, mucho no lo creo. Así que seguramente siempre estaré a medio camino. La verdad es que no me interesa ser así o asá. Ganas de mantener esa especie de corriente de aire, un hueco. No sé.

Como vemos, la entrevista se convierte en un monólogo en el que la misma encuestada plantea las preguntas y responde abundantemente, sin darse respiro, con lo que impone al encuestador (quien, sin lugar a dudas, no pide algo mejor) no sólo su problemática, sino su estilo (“¿Aquí te sientes desnaturalizada?”, o bien “¿Cuál es tu mayor insatisfacción?”) y excluye de tacto todo interrogatorio sobre datos objetivos de su trayectoria, al margen de los que entran en el proyecto de autorretrato tal como ella pretende efectuarlo.

En esta relación de intercambio, cada uno engaña un poco al otro engañándose a sí mismo: el encuestador se aferra a la “autenticidad” del testimonio de la encuestada porque cree haber descubierto una palabra en bruto, densa, inviolada, que otros no supieron ver o suscitar (ciertas formas más o menos estilizadas del discurso campesino u obrero pueden ejercer una seducción parecida); la encuestada finge ser el personaje que se espera en este encuentro, la inmigrante, y se asegura así, sin tener que reivindicarlo abiertamente, el reconocimiento del valor literario de su palabra, a la vez testimonio sincero de desgarramiento interior y búsqueda de la salvación por la forma estilística.*

* Si esta lógica del doble juego en la confirmación recíproca de las identidades halla un terreno particularmente favorable en el cara a cara de la relación de encuesta, no está en acción únicamente en las entrevistas “malogradas” (bastante numerosas) que tuvimos que eliminar; podría citar obras que me parece que lo ilustran perfectamente, como cierta novela reciente de Nina Bouraoui (*La voyeuse interdite*, París, Gallimard, 1990) y, más en general, algunas nuevas formas de la literatura populista que, con la apariencia de acumularlas, eluden las exigencias del testimonio auténticamente sociológico y las de la novela auténticamente literaria, porque tienen por punto ciego su propio punto de vista. Pero el ejemplo por excelencia me parece la novela de David Lodge, *Small World* (Nueva York, Warner Books, 1984) [traducción francesa, *Un tout petit monde*, París, Rivages, 1991; traducción castellana, *El mundo es un pañuelo*, Barcelona, Anagrama, 1998], desmistificación mistificadora que exhibe todos los lugares comunes de la representación complaciente, falsamente lúcida y verdaderamente narcisista, que a los universitarios les gusta dar(se) de sí mismos y de su universo, y que, lógicamente, conoció un inmenso éxito en los medios de éstos y, más en general, en los que tienen un barniz de estudios universitarios.

Sin duda, lo esencial de las “condiciones de felicidad” de la entrevista permanece inadvertido. Al ofrecerle una situación de comunicación completamente excepcional, liberada de las restricciones, en particular temporales, que pesan sobre la mayoría de los intercambios cotidianos, y darle acceso a alternativas que lo incitan o autorizan a expresar malestares, faltas o demandas que descubre al expresarlas, el encuestador contribuye a crear las condiciones de aparición de un discurso extraordinario, que podría no haberse enunciado jamás y que, sin embargo, ya estaba ahí, a la espera de sus condiciones de actualización.⁷ Aunque sin duda no perciben conscientemente todos los signos de esta disponibilidad (que exige, desde ya, un poco más que una simple conversión intelectual), ciertos encuestados, sobre todo los que se cuentan entre los más indigentes, parecen aprovechar esta situación como una oportunidad excepcional que se les brinda para testimoniar, hacerse oír, llevar su experiencia de la esfera privada a la esfera pública; una oportunidad también de explicarse, en el sentido más completo del término, vale decir, de construir su propio punto de vista sobre sí mismos y el mundo y poner de relieve, dentro de éste, el punto a partir del cual se ven y ven el mundo, se vuelven comprensibles y se justifican, en principio para sí mismos.⁸ Incluso puede suceder que, lejos de ser simples instrumentos en las manos del encuestador, dirijan en cierto modo la entrevista y que la densidad e intensidad de su discurso, así como la impresión que a menudo dan de experimentar una especie de alivio, e incluso de realización, evoquen en ellos la *dicha de expresión*.

Es indudable que puede hablarse entonces de *autoanálisis provocado y acompañado*: en más de un caso, tuvimos la sensación de que la persona interrogada aprovechaba la oportunidad de interrogarse a sí misma que se le

⁷ El trabajo “socrático” de ayuda a la explicitación apunta a proponer sin imponer, a formular sugerencias, a veces explícitamente presentadas corvo tales (“¿Lo que usted quiere decir no es que...?”) y destinadas a brindar prolongaciones múltiples y abiertas a las palabras del encuestado, a sus vacilaciones o a sus búsquedas de expresión.

⁸ De tal modo, observé en varias ocasiones que el encuestado repetía con visible satisfacción la palabra o la frase que lo había clarificado con respecto a sí mismo, es decir, con respecto a su posición (como el término “fusible”, que empleé para designar la posición crítica de un encuestado en la jerarquía de su institución y que, por sus connotaciones, evocaba con precisión las extremas tensiones que lo atravesaban).

brindaba y la licitación o la solicitud que le aseguraban nuestras preguntas o nuestras sugerencias (siempre abiertas y múltiples, y con frecuencia reducidas a una espera silenciosa) para efectuar un trabajo de explicitación, gratificante y doloroso a la vez, y enunciar, a veces con una extraordinaria *intensidad expresiva*, experiencias y reflexiones reservadas o reprimidas durante largo tiempo.

UNA CONSTRUCCIÓN REALISTA

Aunque pueda vivirse como tal, el acuerdo que entonces se concertó entre las previsiones y deferencias del encuestador, por una parte, y las expectativas del encuestado, por otra, no tiene nada de milagroso. El verdadero sometimiento a lo dado supone un acto de construcción fundado en el dominio práctico de la lógica social según la cual se construye ese dado. Así, por ejemplo, sólo puede entenderse realmente lo que se dice en la conversación, en apariencia completamente trivial, entre tres liceístas si —evitando reducir a las tres adolescentes a los nombres de pila que las designan, como en tantas sociologías de grabador— se sabe leer, en sus palabras, la conformación de las relaciones objetivas, presentes y pasadas, entre su trayectoria y la estructura de los establecimientos escolares a los que concurren y, con ello, toda la constitución y la historia del sistema de enseñanza que allí se expresa: contrariamente a lo que podría hacer creer una visión ingenuamente personalista de la singularidad de las personas sociales, la puesta de relieve de las estructuras inmanentes en las palabras coyunturales pronunciadas en una interacción puntual es lo único que permite volver a captar lo esencial de lo que constituye la *idiosincrasia* de cada una de las jóvenes y toda la complejidad singular de sus acciones y reacciones.

El análisis de la conversación, así entendido,⁹ lee en los discursos no sólo la estructura coyuntural de la interacción como mercado, sino también las estructuras invisibles que la organizan, vale decir, en este caso en particular, la del espacio social en que las tres jóvenes se sitúan desde el origen, y la del espacio escolar dentro del cual recorrieron trayectorias diferentes que, aunque pertenezcan al pasado, siguen orientando su visión de ese pasado y de su futuro educativo, y también de sí mismas en lo que tienen de más singular.¹⁰

Así, contra la ilusión consistente en buscar la neutralidad en la anulación del observador, hay que admitir que, paradójicamente, la única “espontaneidad” es la construida, pero mediante una *construcción realista*. Para darlo a entender —o, al menos, hacerlo sentir—, mencionaré una anécdota en la que se verá que la

⁹ Es decir, en un sentido muy diferente del que se le da cuando se toma por objeto la manera de manejar la conversación, por ejemplo, las estrategias de apertura y cierre, *haciendo abstracción* de las características sociales y culturales de los participantes.

¹⁰ Habría podido citar igualmente la entrevista con un joven liceísta, hijo de inmigrante, que es una ejemplificación, en el sentido que le da Goodman, del análisis de las transformaciones del sistema de enseñanza que condujo a la multiplicación de los *excluidos del interior* la encuesta en cuestión era una “muestra” perfecta, siempre en los términos de Goodman, de esa nueva categoría de liceístas

investigación puede poner de manifiesto las realidades que pretende registrar únicamente cuando se apoya sobre un conocimiento previo de esas realidades. En la encuesta que realizamos acerca del problema de la vivienda, para escapar a la irrealidad abstracta de las cuestiones de preferencia, especialmente en materia de compra o alquiler, se me había ocurrido pedir a los encuestados que enumeraran sus residencias sucesivas, las condiciones en que habían tenido acceso a ellas, las razones y causas que los habían decidido a elegir las o dejarlas, las modificaciones que les habían efectuado, etcétera. Así concebidas, las entrevistas se habían desarrollado, en nuestra opinión, de manera extremadamente “natural”, y suscitaban testimonios de una sinceridad inesperada.

Ahora bien, tiempo después oí en el metro, absolutamente por casualidad, una conversación entre dos mujeres de unos 40 años: una de ellas, instalada recientemente en un nuevo departamento, relataba la historia de sus viviendas sucesivas, y su interlocutora se comportaba exactamente como si siguiera la regla que nos habíamos prescrito para efectuar nuestras entrevistas. Ésta es la transcripción que hice de memoria muy poco después: “—Es la primera vez que me instalo en un departamento nuevo. Está verdaderamente bien... —La primera vivienda que tuve en París estaba en la rue Brancion, era antigua y no la habían remodelado desde la guerra de 1914. Había que reconstruir todo, pero estaba todo patas para arriba. Y además los techos estaban tan ennegrecidos que no pudimos recuperarlos. —Claro, es mucho trabajo... —Antes, con mis padres, habíamos vivido en una casa sin agua. Con dos hijos, era fantástico tener un baño. —En lo de mis padres era igual. Pero sin embargo no estábamos sucios. Dicho esto, es tanto más fácil... —Después estuvimos en Créteil. Era un edificio moderno, pero que ya tenía unos 15 años...”. El relato continuó así, con toda naturalidad, entrecortado por intervenciones destinadas, sencillamente, a “acusar recibo”, por la mera repetición en el modo afirmativo o interrogativo de la última frase pronunciada, o bien a manifestar interés o afirmar la identidad de los puntos de vista (“Es duro cuando uno trabaja todo el día parado...” o “En lo de mis padres era igual...”); esta participación, mediante la cual uno se mete en la conversación y compromete así su interlocutor a hacer lo mismo, es lo que distingue con mayor claridad la conversación corriente, o la entrevista tal como nosotros la realizamos, de la entrevista en la que el encuestador, deseoso de neutralidad, se prohíbe todo compromiso personal.

Todo opone esta forma de mayéutica a la imposición de problemáticas que, con una ilusión de “neutralidad”, efectúan numerosas encuestas mediante sondeos, cuyas preguntas forzadas y artificiales producen íntegramente los artificios que creen registrar —sin hablar de esas entrevistas televisivas que arrancan a los entrevistados palabras directamente originadas en las que la televisión pronuncia al respecto—. ¹¹ Primera diferencia, la conciencia del peligro, fundada en el conocimiento de la labilidad de lo que se denomina opiniones: las

¹¹ Creo necesario recordar aquí unos análisis que en otros lugares desarrollé de manera más sistemática (cf. en especial *Questions de sociologie*, París, Minuit, 1984, pp. 222-250).

disposiciones profundas son accesibles a varias formas de expresión y pueden reconocerse en formulaciones preconstituidas (las respuestas preestablecidas del cuestionario cerrado o las palabras prefabricadas de la política) relativamente diferentes. Lo que significa que nada es más fácil de efectuar y, en cierto sentido, más “natural”, que la imposición de problemáticas: prueba de ello, las *tergiversaciones de la opinión* que operan con tanta frecuencia, y con toda la inocencia de la inconsciencia, en los sondeos de opinión (así predispuestos a servir de instrumentos de una demagogia racional) y también, más en general, los demagogos de todas las convicciones, constantemente atareados en ratificar las expectativas aparentes de individuos que no siempre tienen los medios de identificar sus verdaderas carencias.¹² El efecto de imposición que se ejerce con el pretexto de la “neutralidad” es tanto más pernicioso cuanto que la publicación de las opiniones así atribuidas contribuye a imponerlas y a garantizarles una existencia social, lo que brinda a los encargados de los sondeos la apariencia de una convalidación apta para reforzar su credibilidad y su crédito.

Se advierte el fortalecimiento que la representación empirista de la ciencia puede hallar en el hecho de que el conocimiento riguroso suponga casi siempre una ruptura más o menos clamorosa, y siempre expuesta a parecer el efecto de una petición de principios o una idea preconcebida, con las evidencias del sentido común, habitualmente identificadas con el buen sentido. En efecto, basta con abandonarse, abstenerse de toda intervención, de toda construcción, para caer en el error: se deja entonces el campo libre a las preconstrucciones o al efecto automático de los mecanismos sociales que están en acción hasta en las operaciones científicas más elementales (concepción y formulación de las preguntas, definición de las categorías de codificación, etcétera). Únicamente al precio de una denuncia activa de los presupuestos tácitos del sentido común se pueden contrarrestar los efectos de todas las representaciones de la realidad social a las que los encuestados y los encuestadores están continuamente expuestos. Aludo en particular a las producidas por la prensa, escrita y sobre todo televisiva, que se imponen a veces a los más indigentes como enunciados prefabricados de lo que ellos consideran que es su experiencia propia.

Los agentes sociales no tienen la ciencia infusa de lo que son y lo que hacen; más precisamente, no tienen necesariamente acceso al origen de su descontento o su malestar, y las declaraciones más espontáneas pueden, sin intención alguna de disimulo, expresar algo muy distinto de lo que en apariencia dicen. La sociología (y es lo que la distingue de la ciencia sin sabios de los sondeos de opinión) sabe que debe darse los medios de poner en cuestión, y en primer lugar en su cuestionamiento mismo, todas las preconstrucciones, todos los presupuestos que habitan tanto al encuestador como a los encuestados y que

¹² Estas reflexiones están particularmente destinadas a quienes sostienen que la crítica de los sondeos es una crítica de la democracia.

hacen que a menudo la relación de encuesta sólo se establezca sobre la base de un acuerdo de los inconscientes.¹³

También sabe que las opiniones más espontáneas —y por lo tanto, al parecer, las más auténticas— con que se contentan el encuestador presionado de los institutos de sondeo y sus mandantes, pueden obedecer a una lógica muy cercana a la que pone de relieve el psicoanálisis. Es lo que ocurre, por ejemplo, con la hostilidad a priori hacia los extranjeros, que se encuentra a veces en agricultores o pequeños comerciantes que carecen de toda experiencia directa con inmigrantes: sólo es posible atravesar las apariencias de la opacidad y el absurdo que opone a la interpretación comprensiva si se advierte que, por una especie de *desplazamiento*, ofrece una solución a las contradicciones propias de esa suerte de capitalistas con ingresos de proletarios y a su experiencia con el Estado, tenido por responsable de una redistribución inaceptable. Los fundamentos reales del descontento y la insatisfacción así expresados, en formas tergiversadas, no pueden tener acceso a la conciencia —es decir, al discurso explícito— más que a costa de un trabajo que apunte a sacar a la superficie esas cosas enterradas en quienes las viven, que no las conocen y, a la vez y en otro sentido, las conocen mejor que nadie.

El sociólogo puede ayudarlos en ese trabajo a la manera de un partero, siempre que posea un conocimiento profundo de las condiciones de existencia que los producen y de los efectos sociales que pueden ejercer la relación de encuesta y, a través de ella, su posición y sus disposiciones primarias. Pero el deseo de descubrir la verdad, que es constitutivo de la intención científica, queda totalmente desprovisto de eficacia práctica si no se lo actualiza en la forma de un “oficio”, producto incorporado de todas las investigaciones anteriores que no tiene nada de un saber abstracto y puramente intelectual: se trata de una verdadera “disposición para perseguir la verdad” (*héxis tou alethéuein*, como dice Aristóteles en la *Metafísica*), que predispone a improvisar sobre la marcha, en la urgencia de la situación de entrevista, las estrategias de presentación de sí mismo y las réplicas adaptadas, las aprobaciones y las preguntas oportunas, etcétera, a fin de ayudar al encuestado a dar libre curso a su verdad o, mejor, a liberarse de ella.¹⁴

¹³ Mediante el análisis detallado de las respuestas a un sondeo sobre los políticos (Giscard, Chirac, Marchais, etcétera) concebido con el modelo del juego chino (si fuera un árbol, un animal, etcétera), demostré que los encuestados, sin saberlo, aplicaban en sus respuestas esquemas clasificatorios (fuerte/débil, rígido/flexible, noble/innoble, etcétera) de los que también los autores del cuestionario, *igualmente sin saberlo*, se habían valido en sus preguntas: la inanidad de los comentarios que éstos aportaron a los cuadros estadísticos publicados era tina prueba que testimoniaba su perfecta incompreensión de los datos que ellos mismos habían producido y, *a fortiori*, de la operación misma mediante la cual los habían elaborado (cf. P. Bourdieu, *La Distinction*, París, Minuit, 1979, pp. 625-640 [traducción castellana: *La distinción. Análisis social del criterio selectivo*, Madrid, Taurus, 1991]).

¹⁴ No corresponde analizar aquí todas las paradojas del *habitus* científico que supone por un lado un trabajo apuntado a hacer conscientes las disposiciones primarias socialmente constituidas con vistas a neutralizarlas y desarraigarlas (o, mejor, a “desincorporarlas”) y, por el otro, un trabajo — y un *entrenamiento*— orientado a incorporar, y por lo tanto a hacer casi “inconscientes”, los

LOS RIESGOS DE LA ESCRITURA

Es la misma disposición la que está en acción en el trabajo de construcción al que se somete la entrevista grabada, lo que permitirá examinar más rápidamente los procedimientos de transcripción y análisis. Resulta claro, en efecto, que la puesta por escrito más literal (la mera puntuación —por ejemplo, la colocación de una coma— puede afectar todo el sentido de una frase) es ya una verdadera *traducción*, e incluso una interpretación. Con mayor razón la que se propone aquí: al romper con la ilusión espontaneísta del discurso que “habla de sí mismo”, juega deliberadamente con la *pragmática de la escritura* (en especial, mediante la introducción de títulos y subtítulos contruidos con frases tomadas de la entrevista) para orientar la atención del lector hacia los rasgos sociológicos pertinentes que la percepción desarmada o distraída dejaría escapar.

El acta del discurso obtenido que produce el autor de la transcripción se somete a dos series de coacciones a menudo difíciles de conciliar: las de la fidelidad a todo lo manifestado durante la entrevista, que no se reduce a lo que realmente se registró en la cinta magnética, llevarían a intentar restituir al discurso todo lo que el paso al escrito y las herramientas de la puntuación, muy débiles y pobres, tienden a quitarle, y que con mucha frecuencia constituye todo su sentido e interés; pero las de la legibilidad, que se definen en relación con potenciales destinatarios que poseen expectativas y capacidades muy diversas, prohíben la publicación de una transcripción fonética provista de las notas necesarias para restituir todo lo perdido en el paso de la oralidad a la escritura, es decir, la voz, la pronunciación (en especial, en sus variaciones socialmente significativas), la entonación, el ritmo (cada entrevista tiene su *tempo* particular, que no es el de la lectura), el lenguaje de los gestos, la mímica y toda la postura corporal, etcétera.¹⁵

principios conscientemente definidos de los diferentes métenos así puestos *prácticamente a disposición*. (La oposición entre los “conocimientos” conscientes y los “conocimientos” inconscientes a la que recurrimos aquí por las necesidades de la transmisión es, de hecho, completamente artificial y falaz: en realidad, los principios de la práctica científica pueden estar presentes en la conciencia —en grados diferentes, según los momentos y los “niveles” de práctica— y a la vez funcionar en estado práctico, en la forma de disposiciones incorporadas.)

¹⁵ Se sabe, por ejemplo, que la ironía, que a menudo nace de una discordancia voluntaria entre la simbólica corporal y la simbólica verbal, o entre diferentes niveles de la enunciación verbal, casi inevitablemente se pierde en la transcripción. Ocurre lo mismo con las ambigüedades, los nobles sentidos, las incertidumbres y la vaguedad, tan característicos del lenguaje oral, que la escritura rompe casi ineludiblemente, en especial debido al efecto de la puntuación. Pero está también toda la información que se inscribe en los nombres propios, inmediatamente elocuentes para los íntimos del universo (y que casi siempre hubo que eliminar, para preservar el anonimato de los encuestados), nombres de personas, lugares, instituciones, a los cuales se conectan a menudo divisiones estructurantes: es el caso de la oposición entre el teatro de investigación y el teatro de boulevard, que da su sentido a la confusión de una actriz entrevistada entre el nombre de una comedianta de boulevard y una gran trágica clásica, verdadero lapsus significativo a través del cual delata, para quien sepa escucharlo, toda la verdad de un fracaso ligado a una mala orientación inicial entre los dos caminos.

Así, transcribir es necesariamente escribir, en el sentido de reescribir:¹⁶ como el paso de la escritura a la oralidad que opera el teatro, el paso inverso impone, con el cambio de soporte, ciertas infidelidades que son, sin duda, la condición de una verdadera fidelidad. Las antinomias bien conocidas de la literatura popular están ahí para recordar que transmitir tales o cuales palabras no es dar realmente la palabra a quienes habitualmente no la tienen. Están los tropiezos, las reiteraciones, las frases interrumpidas y prolongadas por gestos, miradas, suspiros o exclamaciones; están las digresiones laboriosas, las ambigüedades que la transcripción rompe inevitablemente, las referencias a situaciones concretas, sucesos vinculados a la historia singular de una ciudad, una fábrica o una familia, etcétera (y que el locutor evoca con tanta más naturalidad cuanto más conocido es su interlocutor, que, por ende, está más familiarizado con todo su ambiente).

Así, pues, en nombre del respeto debido al autor, en ocasiones tuvimos que decidir, paradójicamente, aligerar el texto de algunas elaboraciones parásitas, ciertas frases confusas, ripios o muletillas (los “bueno” y los “eh”) que, aunque den su coloración particular al discurso oral y cumplan una función eminente en la comunicación, ya que permiten sostener una conversación que pierde el aliento o tomar al interlocutor como testigo, enturbian y embrollan la transcripción hasta tal punto que, en ciertos casos, la hacen totalmente ilegible para quien no haya escuchado el discurso original. Del mismo modo, nos autorizamos a aligerarla de todas las declaraciones puramente informativas (sobre el origen social, los estudios, la profesión, etcétera), siempre que esos datos pudieran apuntarse, en estilo indirecto, en el texto introductorio. Pero nunca reemplazamos una palabra por otra ni transformamos el orden de las preguntas o el desarrollo de la entrevista; por otra parte, se indicaron todos los cortes.

Gracias a la ejemplificación, la concreción y la simbolización que efectúan y que les confieren a veces una intensidad dramática y una fuerza emocional cercanas a las del texto literario, las entrevistas transcritas están en condiciones de ejercer un efecto de *revelación*, muy en particular sobre quienes comparten talo cual de sus propiedades genéricas con el locutor. Ala manera de las parábolas del discurso profético, permiten entregar un equivalente más accesible de análisis conceptuales complejos y abstractos: hacen sensibles, incluso a través de los rasgos en apariencia más singulares de la enunciación (entonación, pronunciación, etcétera), las estructuras objetivas que el trabajo científico se esfuerza por destacar.¹⁷ Capaces de conmover y emocionar, de hablar a la

¹⁶ cf. P. Encrevé, “Sa voix harmonieuse et voilée”, en *Hors cadre*, 3, 1985, pp. 42-51. (Se realizó una transcripción íntegra [no fonética] de todas las entrevistas [182 en total], que se archivaron junto con las grabaciones correspondientes.)

¹⁷ El discurso de la empleada del centro de clasificación postal, aunque también diga esto, dice mucho más que lo que se dice, con toda la frialdad abstracta del lenguaje conceptual, en un análisis de la trayectoria social de los empleados provincianos, muchas veces obligados a pagar con un largo exilio parisiense el acceso a la profesión o el progreso en sus carreras. “Son conocidas, por ejemplo, las restricciones en materia de residencia que implican ciertas carreras en

sensibilidad sin hacer concesiones al gusto por lo sensacional, pueden entrañar las conversiones del pensamiento y la mirada que a menudo son una condición de la comprensión.

Pero la fuerza emocional también puede tener como contrapartida la ambigüedad e incluso la confusión de los efectos simbólicos. ¿Es posible transmitir palabras racistas de tal manera que quien las pronuncia se vuelva inteligible sin legitimar con ello el racismo? ¿cómo dar razón de sus palabras sin rendirse a sus razones, sin darle la razón? Más banalmente, ¿cómo evocar, sin excitar el racismo de clase, el peinado de una pequeña empleada y comunicar, sin ratificarla, la impresión que produce inevitablemente en la mirada habitada por los cánones de la estética legítima —impresión que forma parte de su verdad más inevitablemente objetiva?

Como se ve, la intervención del analista es tan difícil como necesaria. Al asumir la responsabilidad de *publicar* determinados discursos que, en cuanto tales, se sitúan, como lo señala Benveniste, “en una situación pragmática que implica cierta intención de influir sobre el interlocutor”, se expone a erigirse en relevo de su eficacia simbólica; pero, sobre todo, corre el riesgo de dejar actuar libremente el juego de la lectura, es decir, de la construcción espontánea —para no calificarla de salvaje— que cada lector hace sufrir necesariamente a lo leído. Juego particularmente peligroso cuando se aplica a textos que no fueron escritos y que, debido a ello, no están protegidos de antemano contra las lecturas temidas o rechazadas, y principalmente cuando se aplica a determinadas palabras pronunciadas por locutores que distan de hablar como libros y que, como las literaturas llamadas populares, cuya “ingenuidad” o “torpeza” son el producto de la mirada culta, muy posiblemente no encuentren el favor de la mayoría de los lectores, aun de los mejor intencionados.

Escoger el *laisser-faire*, con el objeto de rechazar toda limitación impuesta a la libertad del lector, sería olvidar que, hágase lo que se hiciere, toda lectura está ya, si no obligada, sí al menos orientada por esquemas interpretativos. Se puede comprobar así que los lectores no enterados leen los testimonios como si escucharan las confidencias de un amigo o, mejor, palabras (o chismes) referidas a terceros, una oportunidad de identificarse, pero también de diferenciarse, juzgar, condenar, afirmar un consenso moral en la reafirmación de los valores comunes. El acto político, de una especie muy particular, que consiste en llevar al orden de lo público —mediante la publicación— lo que normalmente no llega allí o, en todo caso, lo que nunca lo hace *en esta forma*, quedaría en cierto modo tergiversado o totalmente vaciado de sentido. Así, pues, pareció indispensable intervenir en la presentación de las transcripciones, mediante los títulos y subtítulos y sobre todo con el preámbulo, encargado de proporcionar al lector los instrumentos de una lectura comprensiva, capaz de reproducir la postura cuyo

las cuales el acceso a la profesión —por ejemplo, cheques postales— o el progreso están subordinados a un exilio prolongado”, P. Bourdieu, *La Distinction*, *ob. cit.*, p. 136.

producto es el texto. La mirada prolongada y acogedora que se requiere para impregnarse de la necesidad singular de cada testimonio, y que por lo común se reserva a los grandes textos literarios o filosóficos, también puede dirigirse, por una especie de *democratización de la postura hermenéutica*, a los relatos corrientes de aventuras corrientes. Como lo enseñaba Flaubert, hay que aprender a mirar Yvetot con la mirada que se aplica con tanta naturalidad a Constantinopla: aprender, por ejemplo, a prestar al matrimonio de una profesora con un empleado de correos la atención y el interés que se brindarían al relato literario de una unión desafortunada y a ofrecer a las palabras de un obrero metalúrgico la recepción de recogimiento que cierta tradición de lectura reserva a las formas más elevadas de la poesía o la filosofía.¹⁸

Nos esforzamos, por lo tanto, por transmitirle al lector los medios de dirigir a las palabras que va a leer la mirada que explica, que restituye a la encuesta su razón de ser y su necesidad; o, más precisamente, de situarse en el punto del espacio social desde el cual el encuestado dirige su vista hacia ese espacio, vale decir, el lugar en el que su visión del mundo se vuelve evidente, necesaria, *taken for granted*.

Pero es indudable que no hay escrito más peligroso que el texto con que el memorialista debe acompañar los mensajes que se le confiaron. Obligado a un esfuerzo constante para dominar conscientemente la relación entre el sujeto y el objeto de la escritura o, mejor, la distancia que los separa, debe empeñarse en la objetividad de la “enunciación histórica” que, según la alternativa de Benveniste, objetiva hechos sin intervención del narrador, al mismo tiempo que rechaza la frialdad distante del protocolo de casos clínicos; a la vez que apunta a transmitir todos los elementos necesarios para la percepción objetiva de la persona interrogada, debe utilizar la totalidad de los recursos del idioma (como el estilo indirecto libre o el *como si* caros a Flaubert) para evitar instaurar con él la distancia objetivante que lo pondría en el banquillo de los acusados o, peor, en la picota. Esto, mientras se prohíbe también de la manera más categórica (ésta es una de las funciones del *como si*, por otra parte) proyectarse indebidamente en

¹⁸ La recepción del discurso sociológico debe mucho, evidentemente, al hecho de que se refiere al presente inmediato o “actualidad”, como el periodismo, al que, por otra parte, todo lo opone. Es sabido que la jerarquía de los estudios históricos corresponde al alejamiento de sus objetos en el tiempo. Y es indudable que no se otorgará a la transcripción de una homilía del obispo de Créteil, pese a tener la misma riqueza de sutilezas retóricas y habilidades teológico-políticas, la misma atención que a un texto de Adalberón de Laon, escrito por añadidura en latín, y que se atribuirá más valor a unas palabras, sin duda apócrifas, de Olivier Lefèvre, fundador de la dinastía de los Ormesson, que a una entrevista periodística al último de sus descendientes. Nadie escapa a la lógica del inconsciente académico que orienta esta distribución a priori del respeto o la indiferencia, y al sociólogo que haya logrado superar en sí mismo esas prevenciones le costará tanto más obtener el mínimo de consideración exigible para los documentos que produce y los análisis que hace de ellos por el hecho de que los diarios y semanarios están llenos de testimonios sensacionalistas sobre la angustia de los profesores o la ira de las enfermeras, testimonios que, en resumidas cuentas, son más aptos para dar satisfacción a esa forma de buena voluntad convencional que se concede a las buenas causas.

ese *alter ego* que sigue siendo, quiérase o no, un objeto, para erigirse abusivamente en el sujeto de su visión del mundo.

El rigor, en este caso, consiste en el control permanente del punto de vista, que se afirma continuamente en ciertos detalles de la escritura (por ejemplo, en el hecho de decir *su* liceo y no *el* liceo, para indicar que el relato de lo que ocurre en ese establecimiento se formula desde el punto de vista del profesor interrogado, y no del analista). Es en los detalles de esta especie —que, si no pasan lisa y llanamente inadvertidos, tienen muchas posibilidades de aparecer como meras elegancias literarias o solturas periodísticas— donde se afirma constantemente la separación entre “la voz de la persona” y “la voz de la ciencia”, como dice Roland Barthes, y el rechazo de los deslizamientos inconscientes de una a otra.¹⁹

El sociólogo no puede ignorar que lo propio de su punto de vista es ser un punto de vista sobre un punto de vista. No puede re-producir el correspondiente a su objeto y constituirlo como tal al resituarlo en el espacio social, más que a partir de ese punto de vista muy singular (y, en cierto sentido, muy privilegiado) donde hay que ubicarse para estar en condiciones de captar (mentalmente) todos los puntos de vista posibles. Y sólo en la medida en que es capaz de objetivarse a sí mismo puede, al mismo tiempo que permanece en el lugar que inexorablemente se le asigna en el mundo social, trasladarse con el pensamiento al lugar donde está colocado su objeto (que también es, al menos hasta cierto punto, un *alter ego*) y captar así su punto de vista, es decir, comprender que si estuviera en su lugar, como suele decirse, indudablemente sería y pensaría como él.

¹⁹ Ese control constante del punto de vista nunca es tan necesario, y difícil, como cuando la distancia social que hay que superar es una última diferencia en la proximidad. Así, por ejemplo, en el caso de la profesora, cuyas locuciones favoritas (“yo culpabilizo”, “problemas de pareja”, etcétera) pueden tener a la vez un efecto repulsivo y desrealizante que impide percibir la realidad del drama que expresan, sería demasiado fácil dejar jugar las asociaciones de la polémica cotidiana para caracterizar, caricaturizándolas, una vida y un modo de vivir que sólo parecen tan intolerables porque uno teme reconocer en ellos los propios.